



Paseo de Isabel II en la Habana.

La alameda de Isabel II tiene su nacimiento al lado del Campo de Marte, y frente á la puerta de tierra. Su prolongacion es en estramuros y paralela á la muralla, desde el referido campo hasta la altura del cuartel de presidarios en el campo de la Punta. Hermosas fuentes adornan sus arboladas calles, siendo de notar la de los Leones junto al mencionado cuartel; la *Rústica* ó *Cascada* en el centro del paseo, y la de la *India* en el nacimiento de éste frente al campo militar. Esta última merece que nos detengamos un momento en ella.

La fuente de la India en la Habana únicamente puede tener alguna comparacion con la de *Cibeles* en Madrid. Una colosal estatua de hermosa piedra recostada muellemente sobre una especie de carroza, y con el cuerno de la abundancia á su lado, representa el tipo perfecto de la raza india, cuyas formas y contornos están descritos con una limpieza y verdad admirables. Algunos géneos y objetos alegóricos se arastran al pié de la imagen. Del suntuoso pedestal sobre que ésta se halla colocada salen cuatro gruesos caños que depositan el líquido cristal que por ellos pasa en un límpido pilon. Una hermosa verja de listones rodea la fuente, y un lindo jardinillo enbalsama con sus perfumes el espacio que media entre la verja y el pilon.

El busto de S. M. la reina doña Isabel II vaciado en bronce se ostenta circuido en un hermoso barandillaje en el centro de la alameda, y entre la puerta de Monserrate y el gran teatro de Tacon.

En la conclusion del paseo se encuentra el *cuartel de presidarios*, obra de pequeño mérito y cuya construccion costó 152,881 pesos y 5 reales.

### Ensayo crítico sobre las obras de Aristófanes.

Antiqua comedia sinceram illam sermonis  
attici gratiam prope sibi retinet. (Quintiliano, Inst. orat. lib. 10, 1.)

Es tan notorio el descuido que en el estudio de las letras griegas y latinas se ha introducido en estos tiempos, y son tan débiles las razones que se alegan para disculparlo, que causa lástima y admiracion considerar que yacen en el olvido las obras que cifieron las frentes de Pindaro y Horacio con los laureles de la inmortalidad. Uno de los rasgos característicos del siglo que atravesamos, es el de menospreciar

todo lo antiguo sin exámen ni criterio, creando tendencias é instituciones nuevas, que para ser estables necesitan apoyarse en los cimientos que echaron las generaciones pasadas en su progresivo desarrollo. No hay duda de que ciertos elementos de la sociedad antigua se diferencian notablemente de los de la nuestra: su religion, su constitucion social, y sus costumbres adolecian de una tinta sensualista, que los esfuerzos de Platon y de Zenon de Citium no pudieron desterrar, porque luchaban con preocupaciones arraigadas que oponian una fuerza invencible á sus intentos; pero lo bello y lo verdadero siempre es uno, cualesquiera que sean las vestiduras con que se cubra, y si en las ciencias y en las artes encontramos verdad y belleza, los vanos errores de un siglo presuntuoso no serán obstáculos suficientes para desacreditar las obras eternas que nos legaron Grecia y Roma.

Nadie desconocerá la influencia saludable que la literatura latina ha ejercido en la española clásica, y el profundo estudio que de la misma hicieron los escritores en prosa y verso que mas celebridad alcanzaron entre nosotros. Para apreciar exactamente la originalidad de Saavedra Fajardo, de los Argensolas y del tierno Garcilaso, es indispensable conocer de antemano la profundidad y concision de Tácito, la filosofia, elegancia y gusto de Horacio, y las innumerables bellezas que naturalmente manaban de la pluma de Virgilio. ¿Y quién negará que esos mismos historiadores y poetas latinos se formaron con la atenta observacion y lectura de los escritores griegos, como Tucídides, Pindaro y Teócrito? Y no se crea que las obras de estos grandes hombres sirven tan solo como monumentos que demuestren el estado de la literatura de su época; porque las letras latinas y griegas, como las de todas las naciones, son un vivo reflejo de la sociedad en que se escriben, y á veces se obtiene mayor utilidad del exámen del carácter é ideas del escritor que de los hechos que nos comunica, y de las bellezas que intenta manifestarnos.

Si prescindimos de estas observaciones literarias y filosóficas y pasamos á las filológicas, encontraremos tambien razones que confirmen nuestra opinion. La lengua griega fué madre de la latina, y esta de la española. Nuestro armonioso y abundante idioma, su fluidez y la libertad de su sintaxis, no pueden estimarse sin tener conocimiento del latino que le trasmitió sus giros y construcciones atrevidas, y la magestad y riqueza de la espresion. Si hoy resucitaran Herrera y Cervantes y viesan el lastimoso abandono en que ha caído nuestra len-

26 DE ENERO DE 1851.



gua, quizá se compadecerían de la negligente generación que ha olvidado sus afanes y esfuerzos en enriquecerla.

Pero los clásicos griegos y latinos que fueron las delicias de Corneille, Racine y Molière se estudiarán también en lo sucesivo, si nuestros poetas dramáticos quieren dar á sus composiciones la solidez y agradable sabor que se recoge de su atenta lectura. En ellos se encuentran bellas y olorosas flores que pueden adornar las obras dramáticas modernas, como sucedió á las del siglo de oro de nuestra literatura; y pues que la poesía dramática es la que mas se cultiva en estos tiempos, coadyuvemos en cuanto nos sea permitido á darle una dirección brillante esponiendo en estas breves y mal trazadas líneas los pensamientos que nos ha sugerido el estudio de las comedias de Aristófanes, célebre poeta cómico griego, de quien mucho se ha escrito y hablado, casi siempre sin preceder los trabajos que estas materias requieren.

La comedia griega, así como la tragedia, nació en las fiestas de Baco, y conservó por algun tiempo el sello procaz y licencioso que dominó después en las obras mas regulares de Aristófanes, que es también el poeta cómico griego mas conocido. La estremada mordacidad de este espectáculo primitivo no perdonó á ningún personaje de la república, envolviendo en sus amargas sátiras á los generales, los magistrados, los escritores y hasta el sagrado del hogar doméstico. Diferenciábase de la tragedia, no solo por el objeto en que se ocupaba, sino también por el uso que hacia de los coros en las parábases. En ellas prescindía el coro de la acción de la comedia, y dirigiéndose al auditorio, espresaba, como Plauto y Terencio en sus prólogos, ya las rivalidades del poeta, ya sus triunfos, ó las sátiras que lanzaban contra los que queria hacer odiosos al pueblo.

Susarion de Megura ó de Icaria parece haber sido el primer poeta cómico. Crates y Epicharmo perfeccionaron después este nuevo género literario, sucediéndoles Cratino, Eupolis y Aristófanes.

No sabemos dónde nació Aristófanes ni el año de su nacimiento, y solo podemos afirmar que vivió hasta el de 380 antes de J. C. Fué contemporáneo de Sócrates y de Eurípides y sostuvo contra Cleon un litigio que se decidió en su favor por disputarle el título de ciudadano de Atenas. Compuso cincuenta y cuatro comedias, de las que se conservan once: Los Acharneos, Los caballeros, Las Nubes, Las Abispos, La Paz, Los Pájaros, Las Mujeres que celebran la fiesta de Ceres, Sesistrata, Las Ranas, Las Oradoras ó el congreso femenino y Pluto.

Los Acharneos, representada en el año 6.<sup>o</sup> de la guerra del Peloponeso (426 antes de J. C.), tuvo por objeto demostrar á los atenienses las ventajas que se seguirían de la paz. La escena es en Acharnea, ciudad del Atica, cuyos habitantes se ocupaban en su mayor parte en el comercio del carbon, por lo cual se compone el coro de carboneros. El poeta finge que un Acharneo, llamado Diceópolis, ha pactado con los lacedemonios la paz respecto de su persona y familia, mientras que sus conciudadanos sufren las vejaciones consiguientes á la guerra promovida por Cleon y Lamacho, generales atenienses. Dos escenas notables hay en esta comedia: la una describe los preparativos que se hacen en la casa de Diceópolis para un soberbio festín, en contraposición al trastorno de Lamacho que se apresta para la guerra; forma un contraste admirable la bulliciosa alegría que reina entre los criados de Diceópolis con la tristeza de los de Lamacho, y al poco tiempo aparece Diceópolis sostenido por sus esclavas, casi embriagado, y Lamacho por dos guerreros, herido y confuso de resultados de la pelea: la otra, que es una sátira cruel contra Eurípides, pinta la perplejidad de Diceópolis que va á ser apedreado por su inteligencia con el enemigo y que se resuelve á consultar á Eurípides acerca de los medios de que dispondrá para salvarse: pídele algun disfraz, algunos harapos de los que sacaban á las tablas los personajes de sus tragedias, y Eurípides le presenta los OEneus, Phenix, Philoclete, Bellerrophonte, Telefo, Thieste, Iao, y otros objetos, símbolos de la miseria: quejase el trágico de que se le despoje de los elementos de toda una tragedia y de que se le interrumpa en sus estudios; y al cabo estalla con furia su indignación cuando le exige un puñado de yerbas de las que vendia su madre. Aristófanes, que después hace su propio elogio en boca del coro, aludia con esta espresion al oscuro nacimiento de Eurípides, como si la fuerza del ingenio en una persona humilde que obtiene la aureola de la inmortalidad, no fuera una calidad digna de la mayor alabanza.

La comedia que se titula Las Nubes, tan célebre por intervenir Sócrates en ella, como uno de los principales personajes, se representó en el año de 415 antes J. C. La escena empieza en el dormitorio de Strepsiade, ciudadano de Atenas, arruinado por el libertinage de su lujo, cargado de deudas, que solo piensa en los medios de eximirse de su pago. Decídese á consultar á Sócrates, sofista de los que dicen que el cielo es un horno y que los hombres son carbones encendidos, y de los que prueban con la fuerza de su lógica que el día es noche y la noche día. El discípulo de Sócrates se opone á que Strepsiade aprenda los secretos de la filosofía. Son grandes misterios, dice el criado: no hace mucho que preguntaba Sócrates á su discípulo Che-

rephon por el espacio que podría saltar una pulga. Entonces llam Strepsiade al filósofo con toda la fuerza de sus pulmones, y aparece Sócrates en el aire, columpiándose en una cesta. Conjúrale por todos los Dioses que oiga su petición. Poco á poco, le responde, ¿por qué Dioses juras? En mi escuela no se admiten los Dioses del país. Al oír esto, le pregunta Strepsiade que cuáles son los suyos, y Sócrates le replica que las nubes. Accede por fin á su demanda y le enseña mil sutilezas escolásticas, obligándole á hacer una profesion de fé religiosa, conforme á las doctrinas que el poeta atribuye á Sócrates, y que acepta Strepsiade por conseguir su objeto. Encantado de esta entrevista, invita á su hijo Philippides á escuchar las lecciones del sabio, al que lo presenta, rogándole que le enseñe los dos puntos capitales de su doctrina, las nociones de lo justo y de lo injusto que aparecen personalmente, disputando entre sí. Su discusión termina de este modo:

—Díne, dice el injusto, ¿quiénes son nuestros oradores?

—Infames, le contestó el justo.

—Bien, convengo. ¿Y nuestros poetas trágicos?

—Infames.

—Perfectamente dicho. ¿Y nuestros magistrados?

—Infames.

—Muy bien. Cuenta ahora los espectadores. ¿Son los mas hombres de bien? Obsérvalo.

—Hay mas infames, lo confieso.

—Y si esto es así, ¿qué me podrás replicar ahora?

—Que he perdido.

Philippides, mientras tanto, aprende tan sublimes principios de su maestro, que golpea á sus acreedores y á su mismo padre, á causa de una cuestion que se habia suscitado hablando de Eurípides, probándole después filosóficamente que tenia razones para obrar de esta suerte. El coro, compuesto de nubes, falla la cuestion en favor del hijo. En el último acto hay una parodia del discurso de Phenix á Achiles, de Eurípides.

Los criticos se han dividido al emitir su opinion acerca de la influencia que pudo tener esta comedia en la condenación de Sócrates. Nosotros, respetando el parecer de los que sostienen la afirmativa, creemos lo contrario, y nos fundamos en el intervalo de veinticuatro años que transcurrieron desde su representación hasta el juicio de Sócrates, en que Aristófanes fué constante amigo de uno de los mas famosos discípulos de aquel filósofo, y en que los mismos jueces que lo sentenciaron á beber la cicuta fueron también los perseguidores de Aristófanes. Sabemos también que el divino Platon era apasionado admirador del poeta cómico, que leia sus obras con frecuencia, y que envió á Dionisio el Anciano esta misma comedia para que conociese el gobierno y la sociedad de Atenas. Si el ilustre académico fué el mas célebre filósofo que salió de la escuela de Sócrates, del cual recibió siempre las mas señaladas muestras de preferencia, profesándole tal respeto y amor que casi rayaba en adoración, ¿cómo podremos creer que tributase á Aristófanes tan grandes elogios si éste hubiera sido alguno de los resortes de que se valió la calumnia para sacrificar á su maestro, obligándole á ocultar su doctrina, temeroso de las persecuciones de que fué víctima el virtuoso sabio? En Atenas habia entonces dos partidos literarios: el de los sofistas ó filósofos y poetas trágicos, y el de los poetas cómicos. Sócrates no habia atacado aun las vanas cavilaciones de las escuelas con su contundente dialéctica, y siendo considerado como un sofista, Aristófanes lo escogió por blanco de sus tiros, á semejanza de lo que antes hizo con generales y otros personajes ilustres.

Los Pájaros se representaron en el año de 415 antes de J. C. El argumento es el siguiente: dos ciudadanos de Atenas, llamados Pisthetere y Evelpis, arruinados por los pleitos, buscan á Tereo, y consiguen que, ayudado de otras aves, edifique en el aire una ciudad para impedir la comunicacion entre los Dioses y los hombres; pero los Dioses, viendo que no podían percibir el incienso de los sacrificios, envían á los habitantes de la nueva ciudad á Hércules, Neptuno y un dios Thracio que habla el griego de una manera ridicula á fin de apartarlos de su propósito: la ciudad habia tomado el nombre de Nephelococcia (ciudad de los cucos y de las nubes), y los que la formaban no transijen con los Dioses; uno, después de obtener de ellos que casen á la bella Diosa ó la Dominación con Pisthetere, que habia sido nombrado rey.

Muchos atenienses y lacedemonios, perdidos y deshonorados por sus excesos, acuden á Nephelococcia y son admitidos á sus privilegios y magistraturas. Uno de ellos es un poeta que llega cantando de esta suerte: — «Musa, ensalza la feliz Nephelococcia.» Pisthetere le pregunta su nombre y el de su patria: — Yo soy, responde, sirviéndome de la espresion de Homero, el fiel siervo de las musas; de mis labios mana la miel de la armonía.

Pisthetere. — ¿Por qué habeis venido á estos lugares?

El Poeta. — Yo, rival de Simónides, he compuesto cánticos sagrados de todas especies, para todas las ceremonias, en loor de esta nue-



va ciudad, cuyas alabanzas no cesaré de cantar. ¡Oh padre! ¡oh creador del Etna! que yo reciba los innumerables dones que para ti quisiera. (Esta es la parodia de algunos versos compuestos por Píndaro á Hieron, rey de Siracusa.)

Pisthetele (aparte).—Creo que este hombre me atormentará con sus sandeces hasta que le haga algún presente. Escucha (dirigiéndose á su esclavo), dale tu vestido y conserva la túnica. Tomad este vestido (al poeta), porque tenéis traza de estar yerto de frío.

El Poeta.—Mi musa acepta con gratitud vuestros dones. Escuchad ahora estos versos de Píndaro. (Nueva parodia por la cual pide la túnica del esclavo. Consíguela y se retira cantando.)

Pisthetele.—Felizmente me libérté de la frialdad de sus versos. ¿Quién diría que esta plaga hubiera también de buscarnos? Pero prosigamos nuestro sacrificio.

El Sacerdote.—¡Silencio!

Un adivino con una lira.—No toqueis á la víctima.

Pisthetele.—¿Quien sois?

El Adivino.—El intérprete de los oráculos.

Pisthetele.—Tanto peor para vos.

El Adivino.—Cuidado con lo que haceis, perdiendo el respeto á las cosas sagradas. Yo vengo con la misión de referiros un oráculo, concerniente á la nueva ciudad.

Pisthetele.—Mas valía que lo hubiérais declarado antes.

El adivino.—No ha sido tal la voluntad de los Dioses.

Pisthetele.—¿Lo manifestareis?

El Adivino.—«Cuando vivan juntos los lobos y las cornejas, en la llanura que separa á Sycone de Corinto.... (Había un oráculo célebre que comenzaba con estas palabras.)

Pisthetele.—¿Pero qué tengo yo que ver con los corintios?

El Adivino.—Sin duda no entendéis el sentido misterioso que oculta; el oráculo se refiere á la región del aire en que estamos. Oid lo restante: «Sacrificareis á la Tierra un macho de cabrio, y dareis un elegante vestido y calzado nuevo al primero que os declare mi voluntad.»

Pisthetele.—¿Conque también habla del calzado?

El Adivino.—Tomad y leed. «Además una botella de vino y las entrañas de la víctima.»

Pisthetele.—¿Y las entrañas?

El Adivino.—Tomad y leed. «Si ejecutais mis órdenes, aventajareis á todos los mortales tanto como el águila á las otras aves.»

Pisthetele.—Calle, ¿conque también eso?

El adivino.—Tomad y leed.

Pisthetele.—Yo tengo escrito en estas tablillas un oráculo de Apolo, que se diferencia algo del vuestro, y es el siguiente: «Si alguno sin ser invitado, tiene el atrevimiento de introducirse entre vosotros, de turbar los sacrificios con sus importunidades, y de exijir alguna parte de la víctima, lo matareis á palos.»

El Adivino.—Me parece que os chanceais; ¿no es así?

Pisthetele.—Tomad y leed. «Aunque sea un águila, aunque sea el impostor mas ilustre de Atenas, sacudidle y no le perdoneis.»

El Adivino.—¿Pero dice eso el oráculo?

Pisthetele.—Tomad y leed. Fuera de aquí, y partid á otro lugar á referir los vuestros.

Para hacer la crítica de las composiciones de Aristófanes, es necesario que nos revistamos de la mas rigurosa imparcialidad, desechando las preocupaciones que hayamos adquirido, y trasladándonos con la imaginación á la sociedad ateniense de aquellos tiempos. Las declaraciones de los demagogos arrastraban al pueblo á acometer empresas imprudentes: los sofistas habían conculcado los fundamentos de la moral y de la certeza; los vicios mas repugnantes invadían á todas las clases del estado, y la esclavitud y el politeísmo con todas sus consecuencias minaban con fuerza los cimientos de la vida pública y privada. En vano, pues, buscaremos en las comedias de Aristófanes esos sentimientos dulces y tranquilos que el cristianismo ha introducido entre nosotros; en vano buscaremos la galantería y caballería que distingue á los personajes de los dramas de Calderón y de Lope, ni el sublime idealismo que reina en las concepciones de nuestros grandes dramáticos. Sus comedias se resienten de la inmoralidad de la época, y debemos confesar que, aun cuando combate muchos vicios vituperables, y se inclina siempre al partido de los hombres de probidad, no opuso embargo al torrente de la corrupción los fuertes diques que su talento y posición podían presentar. El bello sexo no tenía tampoco entre los atenienses la influencia que á causa de la igualdad cristiana ejerció después sobre las acciones de los hombres: de aquí provino la falta de decoro que encontramos, en sus obras, que llega hasta el último punto en la comedia titulada *Lisistrata*, haciéndonos apartar la vista de aquel cuadro de obscenidades y formar del pueblo que las toleraba una idea no muy favorable á su educación moral. El poeta dramático es el que debe tener mas presente el precepto de instruir y deleitar con sus escritos; pero de modo que no desagrade con sus áridas predica-

ciones, ni embriague con la pintura de acciones ó caracteres que inoculen en el alma máximas peligrosas.

La regularidad del plan y la invención no merecieron la preferencia de Aristófanes. Dotado de una vis cómica extraordinaria, derramaba profusamente la sal ática, y á trueque de hacer reír y de ridiculizar á cualquier personaje, descuidaba la verosimilitud y la decencia. La animación de sus diálogos es admirable, y la sorprendente facilidad con que manejaba su lengua. Abunda en juguetes de palabras, en dicciones compuestas con extravagancias, y á veces en verdaderas rimas; pero su estilo es siempre modelo de aticismo, y sus metros, aunque caprichosamente variados, no dejan de tener cierta simetría.

Voltaire, fundándose en la opinión de Plutarco, había juzgado las composiciones de Aristófanes en un sentido desfavorable al poeta, sin comprender el carácter especial del teatro griego, y las grandes dotes dramáticas que en sus comedias mas inferiores en escelencia encuentra el imparcial crítico. Pero examinándolas con detención, observamos tales bellezas, que admira la ceguedad que en los ojos mas perspicaces puede arrojar la preocupación, en especial cuando se reviste de cierta firmeza en sus juicios, inspirada por la reputación literaria que se ha logrado alcanzar.

Casi todas sus comedias tuvieron algún fin político ó social de la mayor importancia, al cual hacen frecuentes alusiones que nosotros no podemos comprender, porque no vivimos en la sociedad en que se escribieron. ¿Cuál es la causa de que algunas producciones de Caldeón que obtuvieron gran éxito en su época no satisfagan hoy á los que las ven representar de nuevo? Creemos que á esto se debe replicar que los hombres del día no son los mismos que los del tiempo de Felipe IV; que las costumbres y preocupaciones sociales han experimentado grandes mudanzas, y por último, que hoy no se tiene del teatro la idea admitida en aquel siglo. Si suponemos que un espectador de las comedias de Plauto observase la representación de algún drama moderno, entendiendo su idioma, y nos espusiese la opinión que de él hubiere formado, hay razones para pensar que la extrañeza de un espectáculo tan diverso de los que hasta entonces había presenciado, no le permitiría estenderse á comentar su mérito ó demérito. Las obras dramáticas son juzgadas por un magistrado incorruptible, que es la opinión pública. Además de que en Atenas se aplaudían con entusiasmo las comedias de Aristófanes, confesando muchos eruditos que había reunido en ellas todo lo bueno que se hallaba diseminado en las composiciones de varios poetas que le precedieron, es necesario que no olvidemos la ilustración y depurado gusto del pueblo de aquella ciudad. La decisión del mayor número en materias de belleza no debe valer tanto como las cualidades de que se encuentran revestidos los que critican. Los mismos ciudadanos que lloraban las desgracias y crímenes de Edipo, obedeciendo á la fuerza incontrastable del destino, asistían después á la escena para gozar de las parodias de la comedia antigua, y de las sátiras y alusiones personales del poeta cómico.

Los dramáticos mas eminentes se han distinguido por el feliz acierto con que satisfacían á las necesidades y deseos de los espectadores contemporáneos: Aristófanes comprendió la sociedad que había de juzgarlo, retratóla fielmente en sus comedias, y ella, viendo la verdad y energía de su pincel, victoreó con frenesí al ingenioso poeta que tan bien conjunta sus rasgos y estudiaba sus dolencias. Eran, pues, las comedias de Aristófanes esencialmente nacionales, y por eso obtuvieron la aprobación y aplauso universal.

Su imaginación no conoció límites de ninguna especie. Los Dioses, los hombres, el cielo, la tierra, todo encontró cabida en sus obras. Proponiéndose siempre un objeto fijo, creaba las situaciones y los caracteres que le servirían para conseguirlo, y les daba vida y movimiento con su agudeza incomparable, con la animación de sus diálogos, con su rica poesía y con la sonoridad y dulzura de sus versos. Mezcla todos los dialectos, usa de las espresiones mas soeces del pueblo, y se eleva en ocasiones á las arrebatadas y sublimes inspiraciones de la poesía dithirámbica. Sin embargo, no está exento de defectos: ya hemos indicado los mas notables, advirtiéndole que la sociedad corrompida en que vivía, el origen y progresos de la comedia antigua, y otras causas, le eximen en parte de las inculpaciones que pudieran hacersele.

Pero concluyamos este artículo, y tengamos presente que el estudio de los buenos modelos no debe hacerse de un modo individual y sistemático, imitando todo lo que contuvieron sin discernir sus faltas y bellezas. La corrección y delicadeza de gusto no se adquieren sino después de penosos trabajos y profundas reflexiones que abren á los grandes ingenios sendas no trilladas, si bien próximas á abismos y precipicios que no se salvan en todas ocasiones. Así se ha reconocido hasta ahora por claros y ejercitados talentos; así nos lo dice nuestra propia conciencia que desatiende las sugestiones de la pedantería y del amor propio. Y ciertamente vendrá un tiempo en que renazca la afición á los clásicos griegos y latinos, porque las preocupaciones fundadas en la ignorancia y el error, caen y se destruyen por sí mismas, faltándoles asiento firme que las sostenga.





ANTIGÜEDADES DE HERCULANO.

El jarrón y el bajo relieve que representan nuestros grabados, están copiados fielmente en vista de estos objetos, que pertenecen á los descubrimientos hechos en las escavaciones de Herculano. Serían in-



útiles las líneas que empleáramos en hacer notar la belleza de estas dos obras de arte, porque á primera vista sorprende la elegancia de la forma y la corrección y gusto del dibujo.

## ATRÁS.

### Artículo inédito (1).

Hé aquí el inconveniente de andar damasiado: en un año, nada mas que en un año, nos veíamos libres, como quien dice; ya se habían hecho dos ó tres ejemplares, lo menos, con carlistas; se habían convocado córtés; se había echado abajo, no sin dificultad, el voto de San-

(1) Este artículo fue prohibido por la censura, en vista de lo cual Figaro escribió otro titulado *Adelante* que sufrió igual suerte y que también publicaremos.

tiago; todo el voto de Santiago; se había discutido largamente, muy largamente, la tabla de derechos; no se habían prohibido en todo el año mas que cuatro ó cinco periódicos de real órden; se había mudado el nombre de ministerio de Fomento en ministerio de lo Interior; y el de subdelegado en gobernador; se había protegido tanto á la Milicia Urbana, que ya la teníamos dividida por cuarteles; y se había animado tanto el espíritu público, que ya había cuatro batallones, cuatro, en Madrid, en todo Madrid; cuidado si habíamos adelantado: se podía imprimir todo lo que permitían los censores régios; y en fin, asómbrense VV. de lo que habíamos andado: ya varias veces había prometido el gobierno dar la ley de ayuntamientos. Pues alguna vez había de haber llegado. Mas: ya habíamos conseguido dos victorias en Navarra.... Pero ¿á dónde iríamos á parar si siguiéramos así? Acabáramos puede ser por ser felices, sin habernos costado mas que cuatro discusiones acaloradas, y algun desafío pacífico. Hé aquí lo que han visto claro los que miran por nosotros, y han dicho: — ¡Atrás! ¡Esta España vá que vuela! á este paso el año 1900 ya es libre. — Y han añadido: el ministerio de hoy es un ministerio republicano, anárquico: hagamos un ministerio compacto.

Ya quisiera yo ver un ministerio compacto: un ministerio que nos ataje un poco en esta carrera rápida que llevamos: cuidado si vamos deprisa: un ministerio que verifique la fusión: que no eche á ningún pobrecito de los diez años, ni admita á ningún afortunado de esos de los tres: un ministerio que sea el justo medio, entre Cea y el justo medio; que se coloque entre setiembre del año pasado y setiembre de éste, si cabe en tan corto trecho: un ministerio enérgico que dé un poco en la cabeza á estos liberalazos españoles tan exigentes, tan alborotados, tan indomables, y que acabarán por salirse con la suya con los medios que ponen: en una palabra, un ministerio que nos dé lo que necesitamos: no libertad, que esa ya tenemos mucha, demasiada, tanta que esto es un desórden: sino un poco de freno; un poco de despotismo, que nos está ya haciendo falta; un ministerio juicioso, moderado, mas moderado, mas juicioso que éste, que vaya mas despacio todavía que el actual, que no nos precipite, como vá á hacer éste, andando el tiempo, en el abismo de nuestra libertad y de nuestro bienes-



tar. Esto es lo que se nos vá á dar: ¡gracias á Dios que nos pararemos un poco! ¡gracias á Dios que dejaremos de andar deprisa! ¡gracias á Dios que volveremos atrás!

FIGARO.

## DOLORES.

### CAPITULO IV.

#### EL MEDICO.

Los balcones de la casa del adelantado estuvieron cerrados toda aquella tarde: las personas convidadas para contemplar desde ellos el espectáculo marcial que se ofrecia en la plaza, recibieron aviso á última hora de que un repentino y peligroso accidente sobrevenido á la hermosa hija de los condes de Castro, privaba á aquellos señores del placer de recibir á sus nobles amigos y presenciar con ellos las fiestas.

Así, cuando todo era animación y bullicio delante de la casa de Sandoval, reinaban dentro de esta el pesar y la consternación, porque la situación de Dolores adquiría por instantes mayores apariencias de gravedad. Dos horas permaneció privada de sentidos, no obstante habersele prodigado todos los auxilios posibles bajo la dirección del doctor Yañez, que era reputado uno de los mas hábiles discípulos de Hipócrates y Galeno, y cuando se consiguió por último hacerla volver en sí, la asaltó inmediatamente violentísima fiebre que comenzó con terribles convulsiones, haciendo concebir al médico serias inquietudes que no procuró ocultar. No se apartaba D. Diego de la cabecera del lecho en que yacía su hija, mostrando el extremo de su cariño hacia ella en la angustiosa perturbación que lo dominaba, y en medio de la cual daba incesantemente las órdenes mas contradictorias á su atribulada servidumbre. Mari-García cuidaba de rectificarlas, asistiendo á la enferma con mucha mayor serenidad y no menor eficacia; pero la condesa se mantenía en su aposento, contentándose con enviar de rato en rato á su doncella de confianza Isabel Perez, para que se informase cuidadosamente del estado de la jóven.

Cuando se terminaron las justas D. Juan de Avellaneda y Gutierre de Sandoval, sobrino del adelantado, se presentaron juntos en aquella casa consternada: el primero fué introducido al punto en el gabinete en que se hallaba su hermana, y el segundo se encargó de recibir á las innumerables personas que se apresuraban á cumplir los deberes de la amistad yendo personalmente á tomar noticias de la desgracia ocurrida, manifestando á los interesados la parte que en su pena les cabía. De los primeros que se presentaron fueron D. Alvaro de Luna y su jóven deudo Rodrigo; mas ni el vivo interés que espresó aquel en los términos mas corteses, ni la verdadera y congojosa ansiedad que se pintaba enérgicamente en el semblante del otro les merecieron grandes muestras de gratitud por parte del jóven Sandoval, que sostuvo la visita con ceremoniosa urbanidad, en la que se traslucía fácilmente cierta especie de violencia. Rodrigo, por lo tanto, salió de la morada de su ídolo sin haber alcanzado á comprender ni la causa ni la gravedad del accidente por las lacónicas respuestas que diera Sandoval á sus multiplicadas preguntas, pero presintiendo no obstante mucha parte de la verdad del suceso. Agitado por los recelos mas crueles se puso á rondar el pobre jóven á los alrededores de la casa, y á pesar de la intensidad del frío pasó toda la noche en aquella plaza tan concurrida y bulliciosa algunas horas antes, y entonces solitaria, silenciosa y oscura.

El alférez mayor conferenció largo tiempo con su hermana, y fué resultado de la plática que, hacia las doce de la noche, se presentara la condesa, acompañándola él, en la estancia de la enferma. —¿Cómo está? preguntó á su marido que permanecía al lado del lecho teniendo entre las suyas una de las manos de Dolores.

—¡Ya lo veis! contestó con ahogada voz el padre. El médico se ha marchado hace poco para volver á las dos, hora en que creo posible se verifique la crisis.

Esto no será nada, articuló doña Beatriz inclinándose sobre la cama para examinar de cerca el semblante de su hija: la herida que al caer se hizo en la frente no es mas que un leve rasguño; añadió sentándose cerca de su esposo con apariencia de calma.

D. Juan de Avellaneda se acercó tambien, y como se preciaba de conocedor, pulsó á la doliente, y repitió lo que habia dicho su hermana. —No es nada.

Algunas semanas de sosiego en el convento en que pasó su infancia, dijo doña Beatriz, la restituirán completamente la salud y la alegría.

—De todos modos, añadió D. Juan, mañana mismo debeis poner en conocimiento de S. A. la dolorosa impresion que parece haber cau-

sado en esta niña el proyectado consorcio. Es motivo mas que suficiente para que se desista de tan absurda idea.

Nada dijo el conde respecto á lo que su mujer y su cuñado acababan de espresar, pero se inclinó para besar la frente de su hija murmurando sobre ella. —¡Vive Dolores mia, vive! es cuanto mi corazón te pide.

El alférez mayor se despidió entonces, ofreciendo volver al día siguiente, y la condesa (que lo acompañó hasta la misma escalera) tornó á situarse despues junto al lecho de Dolores, donde la encontró todavía el doctor Yañez cuando vino á visitar á la enferma. Eran mas de las dos: el médico vió que la jóven parecia tranquila, y D. Diego le dijo con tono de satisfacción. —Hace dos horas que duerme: las convulsiones no han repetido.

Tomóla sucesivamente entrambos pulsos el hijo de Esculapio y movió significativamente su voluminosa cabeza cubierta por espesa peluca de recios cabellos enrojecidos por el tiempo.

¿Querreis persuadirnos, exclamó con ímpetu la condesa, que es muy grave el estado de esta niña?

—Lo es á mi entender, señora doña Beatriz, le contestó sin alterarse el médico. La jóven paciente ha debido ser afectada por algun dolor inesperado y profundo: algun golpe tremendo ha herido á este corazón, trastornando toda la armonía del organismo. El alma es aquí la enferma, no me cabe duda, y esta clase de males son los mas oscuros para la ciencia.

A la edad de Dolores, dijo prontamente la condesa, no hay pesares profundos, señor Yañez, y por vivos que puedan pareceros no os alarmarán sus consecuencias.

—No comprendo lo que vuesa merced quiere decir, replicó con su imperturbable gravedad el hombre de ciencia. Esta señorita está dotada de exquisita sensibilidad y de débil complexion: las afecciones morales ejercen una influencia terrible en...

¡Callad por Dios! le interrumpió la condesa con estremado enojo: no me atolondreis la cabeza con vuestras teorías. Yo os digo, señor doctor, que dentro de pocos dias estará Dolores tan buena como vos.

—Haga el cielo verdadera la fausta profecía de vuestra merced, repuso el médico: por mi parte repito que el estado de esta señorita me inquieta en sumo grado; que su corazón padece mucho; que de ahí proviene todo; y que nada puedo hacer para remediar los efectos si primero no se me pone en estado de combatir la causa.

La condesa se levantó con el semblante encendido y los ojos fulgurantes: pero su marido, sin daria tiempo de desplegar los labios, pronunció lentamente estas palabras.

El médico es como el confesor: todo debe saberlo. Teneis razon en cuanto habeis dicho, señor Yañez; esta niña está enamorada y ha creído que sus padres podrian posponer su felicidad á consideraciones sociales. Cuidadla, asistidla, y cuando se halle capaz de comprenderos aseguradla, en mi nombre, que no hay sacrificio alguno que no me halle dispuesto á llevar á cabo por salvar su vida y contribuir á su ventura.

Al acabar estas palabras se salió de la estancia con aspecto triste, pero resuelto, y su mujer le siguió presurosa, dibujándose en sus labios una sonrisa amarga y casi amenazadora.

No emprenderemos la enojosa tarea de pintar detalladamente la larga y borrascosa escena que se verificó entonces entre los dos esposos, á algunas varas de distancia del aposento de Dolores; basta á nuestro objeto asegurar que no olvidó doña Beatriz ninguno de los medios que creyó convenientes para apartar á su marido del pensamiento que habia osado espresar en su presencia. Reflexiones, reproches, ruegos, enojos, todo fué empleado alternativamente con igual energia; pero el adelantado se mantuvo inflexible, oponiendo á todos los ataques esta sola defensa que le parecia invencible. —Se trata de la existencia de mi hija. Ya habeis oido al doctor: su estado es grave: solo hay un medio de salvarla, y sea cual fuere ese medio, un padre no puede rechazarlo.

Doña Beatriz intentó en balde convencerlo de que el accidente de la jóven no prestaba fundamento á serias inquietudes; el conde movia la cabeza sonriendo tristemente, y decia sin abandonar su terreno. —Está muy mala: el golpe ha sido cruel, moriria irremediablemente si se continuaba contrariando esa desgraciada pasión que se ha apoderado de su alma.

—Doña Beatriz habló del gran disgusto que causaria al infante aquel casamiento odioso. Su marido no fué mas sensible á esta consideración que á las que le habian precedido. —No será mayor que el mio el pesar de S. A. (respondió); pero se trata de la vida de mi hija, y ante un interés de tamaña magnitud todo lo demas desaparece.

—¿Y si el infante os dijese resueltamente que no presta su consentimiento á pesar de vuestras extravagantes aprensiones?

—El casamiento se verificaria lo mismo que si lo aprobase el infante.

—¿Asi pues, estais resuelto á hollarlo todo, á despreciarlo todo por



satisfacer la ambición de unos aventureros y los caprichos de una niña?  
—Estoy resuelto á salvar la vida de mi hija cuéstemelo lo que me costare, contestaba el conde siempre fijo en su idea.

En efecto, el amor paternal ejercía dominio mas estenso que el orgullo en el corazón de aquel hombre que, según nos asegura un cronista, era de condición tratable, sin elación, es decir, sin vanidad ninguna (1).

Rarísimas veces sucedía que se opusiese el adelantado de Castilla á las voluntades de su esposa, con cuyo carácter imperioso observaba por lo común los mayores miramientos; pero cuando llegaba el caso de que manifestase abiertamente una opinión contraria á la de aquella, sabía sostenerla con tan fría perseverancia que toda la impetuosidad de la condesa se quebrantaba al fin contra su tranquila firmeza. Sabíalo la dama, y comprendió en la ocasión de que hablamos la inutilidad de sus esfuerzos. El conde había tomado su resolución y nada era capaz de apartarle de ella.

Doña Beatriz se limitó, por tanto, á hacerle comprender que no estaba por su parte menos firme en su resistencia, y salió de la cámara del conde con el aspecto de un adalid que en el instante de entrar en una lucha de muerte recoge todas sus fuerzas, y las pesa rápidamente en la balanza de su propia conciencia.

Andando maquinalmente se encontró á la puerta de la estancia de su hija y fué casualmente en el momento mismo en que la abría para salir el doctor Yañez. La doncella que le acompañaba continuó andando, precediendo al médico, pero este se detuvo para decir á la condesa en voz baja y con tono satisfecho. —Vá bien: puede vuestra merced recogerse á descansar perfectamente tranquila. La señorita ha tomado un calmante, ha sabido las intenciones de su señor padre, que la he comunicado con las debidas precauciones, y acaba de dormirse profundamente, envuelta en copiosísimo sudor que nos anuncia sin duda la próxima cesación de la fiebre. Su dueña queda velando á la cabecera del lecho, y como son ya las cuatro de la mañana me retiro á mi casa, si vuestra merced no ordena lo contrario.

—Tengo que hablaros antes, respondió con acento breve la condesa, é hizo al facultativo un ademán imperioso indicándole la siguiera.

La criada, que no echó de ver la detención del médico, á quien conducía á la escalera, proseguía andando con una luz en la mano y los ojos cargados de sueño, hasta que se encontró con otros dos domésticos de la casa que velaban también en el recibimiento, y oyó que la decía uno de ellos. —¡Hola! ¿Viene la hermosa Juana á pedirnos una silla cerca de nuestro fuego? ¡Vedlo qué hermoso está! No tendréis un brasero semejante en el cuarto de vuestra señorita, porque he oído decir que á los enfermos les hace daño el calor artificial: á la verdad bien se puede pasar sin el carbon ó la leña quien tenga en la sangre el fuego de la fiebre, pero vos, pobre Juana, debéis estar tiritando: la noche es á propósito para que uno se hiele velando enfermos.

—Llegaos, añadió el otro: decidnos si aun nos tendrán muchas horas haciendo centinela á la escalera: ¿vá á esperar el día el doctor dentro de la casa?

Juana volvió entonces hacia atrás sus soñolientos ojos y exclamó con sorpresa. —¿Pues qué se ha hecho ese hombre? —Los criados tomaron á brindarle el atufante calor de la gran copa llena de brasas que habían colocado en medio del recibimiento, mas ella sin siquiera darles las gracias desanduvo lo andado en busca del doctor Yañez. No le halló la doncella, como pensaba, ni detenido en los corredores ni en la cámara de la enferma, pero cuando se acercó al gabinete particular de la condesa, cuya puerta estaba cerrada, percibió que hablaban dentro, y pudiendo mas que el sueño la curiosidad hizo cuanto le era dado para entender las palabras que llegaban confusamente á sus oídos; pues le pareció cosa bastante extraordinaria que una señora tan recatada como su ama se encerrase sola con un hombre en aquellas horas, por mas que los años y la peluca del doctor debiesen alejar toda sospecha de cierto género, aun del ánimo mas desconfiado y malicioso.

Imposible le fué á Juana, no obstante sus cuidados, oír clara y seguidamente la conversacion de la condesa y del médico; solo pudo recoger palabras sueltas que transmitiríamos á nuestros lectores.

—Estais ganado por Rodrigo de Luna, no lo neguéis, dijo doña Beatriz. Os han visto hablar con él esta noche en la plaza cuando salíais de mi casa.

Juana no pudo entender ni una sílaba de la contestacion del doctor; pero oyó en seguida estas palabras de su interlocutora:

—De poco le servirá estar espiondo mis puertas, y vos sereis mas insensato que él si por la necia esperanza de que su proteccion os alcance lo que sin ella merecéis, echais en olvido todo el mal que puede resultaros de tenerme por enemiga. Os hablo con franqueza, señor Yañez: el triunfo que habeis obtenido haciendo temer á un padre la pérdida de su hija, os costará muy caro si no sois bastante hábil para deshacer lo hecho. Don Juan de Avellaneda os puede servir tan bien ó mejor que Rodrigo de Luna en lo que solicitais, y no hay nadie en Casti-

lla que pueda salvaros de mi resentimiento si sois bastante loco para desafiálo.

El doctor contestó con calor; pero Juana no entendió mas que estas frases truncadas:

—Vuesa merced me acusa sin razon.... no niego que deseo ardientemente conseguir.... no permita Dios que yo me atraiga el odio de vuesa merced y de su señor hermano, á quien... indíqueme vmd. por qué medios puedo....

Tampoco se oyeron bien todas las palabras de la condesa que siguieron á las del doctor: estas fueron las mas notables que entendió la doncella:

—Estoy resuelta á impedir á todo trance esa alianza vergonzosa: la mataria antes que dársela por esposa á Rodrigo. Ayudadme ó declaraos en mi contra: ¡pero medítadlo! Escuchad lo que puedo hacer en favor y en daño vuestro; me conocéis y....

—Vuesa merced usa de una franqueza que exige se le corresponda con la misma.... oyó Juana cuando la condesa cesó de hablar, mas el doctor continuó con voz tan baja, que no le fué posible entender ni una sílaba mas. El diálogo pareció bastante animado desde aquel momento; pero los que le sostenían se habían alejado sin duda de la puerta en que escuchaba la criada, y apenas logró de vez en cuando percibir confusamente tal ó cual palabra, verbi-gracia: —Id á hablar con mi hermano.... —Una carta del infante.... —Lo sostendréis con tesón.... —Señora condesa ¿y si nada se lograra con todo eso, pensáis?... —¡Dios mío! ¿lo dice vmd. de veras?... —De todo soy capaz antes que consentir.... —Pero señora.... —Son inútiles esas reflexiones; si no hubiese otro remedio, no dudeis.... —Obedecería á vmd. en tal caso.

Todavía hablaban dentro del gabinete, y todavía escuchaba á la puerta la curiosa Juana, no obstante el poco fruto que alcanzaba, cuando se vió sorprendida de improviso por Isabel Perez, doncella predilecta de doña Beatriz, que venía entonces del cuarto de Dolores.

—¿Qué haceis aquí? dijo á Juana severamente, aunque cuidando de no ser oída.

—Ya ves, respondió turbada, me pareció que llamaba la señora, y me he acercado á oír si estaba en efecto en esta estancia.

—Está, dijo Isabel, y yo quedo para si llama; vete á costar: nadie te necesita.

Juana obedeció, y casi al mismo instante se abrió la puerta del gabinete y salió el doctor andando de puntillas, pero con aspecto algun tanto pensativo, y mas grave que de costumbre, lo cual no atenuaba un no sé qué de maligno y de hipócrita que era natural á su fisonomía.

La condesa mandó en seguida que todos se retirasen á descansar, y ella misma se metió en el lecho despues de haber preguntado por su hija y saber que continuaba durmiendo con tranquilidad, velando su sueño la buena Mari-García.

(Continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

## EL AMOR DE LOS AMORES.

### CÁNTIGA CUARTA.

He venido á escuchar los amadores  
Por ver si entre sus ecos logro oírte,  
Porque te quiero hablar para decirte  
Que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro  
Desde que tienen vida mis entrañas,  
Y vertiendo por ti mares de lloro  
Me cansé de esperarte en las montañas.

La gruta que formé para el estío  
La arrebató la ráfaga de octubre...  
¿Qué he de hacer allí sola al pié del río  
Que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! quién sabe si de ti me alejo  
Conforme el valle solitario huyo,  
Si no suena jamás un eco tuyo  
Ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida  
Como el Gévorá acaso arrebatada,  
Dejo mi bosque y á la mar airada  
A impulso de este amor corro atrevida.

Mas si te encuentro á orilla de los mares,  
Cesaron para siempre mis temores.

(1) Crónica de don Juan II.



Porque puedo decirte en mis cantares  
Que tú eres el amor de mis amores.

## CÁNTICA QUINTA.

Pero tu barca está sobre la arena:  
Desierta miro la estension marina:  
Te llamo sin cesar con tu bocina  
Y no pareces á calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola  
Aguardando á mi amado noche y día,  
Llega á mis pies la espuma de la ola,  
Y huye otra vez cual la esperanza mía.

Blanca y ligera espuma transparente,  
Ilusion, esperanza, desvario,  
Como hielas mis pies con tu rocío  
El desencanto hielas nuestra mente.

Tampoco es en el mar adonde él mora:  
Ni en la tierra ni el mar mi amor existe;  
Mas dime si en la tierra te escondiste  
O en el centro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores  
Que yo te quiero ver, que yo te llamo  
Solo para decirte que te amo,  
Que eres siempre el amor de mis amores.

CAROLINA CORONADO.

## ORIGEN DE LA CONTABILIDAD POR PARTIDA DOBLE.

Atribúyese generalmente á los florentinos, á esos banqueros de la edad media, la invencion de la teneduría de libros por partida doble, y aun exige la tradicion que se agradezca especialmente á Francisco Sacchetti, banquero de Leon en 1494, este método ingenioso de llevar las cuentas; pero esta invencion es muy anterior á los florentinos, á Lorenzo de Médicis, y aun á la introduccion de los números árabes en Europa.

Sus principios generales eran conocidos de los romanos. En la defensa de Ciceron por el célebre cómico Roscio, se halla un trozo relativo á la contabilidad por DEBE y HABER, y sobre los libros que usaban los romanos entonces, hay en él datos muy curiosos, por lo menos para las personas que en el día se ocupan de contabilidad comercial ó administrativa. Así se sabe por él que pululaban los usureros en Roma, que prestaban con réditos enormes, y que formaban entre ellos una especie de banco en que se imponía dinero y aun billetes.

Caton el Anciano, durante su censura, habia prohibido la usura y el préstamo al 4 por 100 mensual; pero esta disposicion, conforme con la ley orgánica sobre el préstamo, no fué puesta en ejecucion.

Los usureros continuaron prestando al 54 por 100 en Roma y al 48 por 100 en las provincias. Solo entre amigos y personas honradas se prestaba al 12 por 100; pero el interés ordinario para con los extranjeros variaba desde 48 á 70 por 100.

Segun las leyes romanas, cuando un acreedor no queria recibir su dinero, tenia el deudor la facultad de depositarle en un templo designado para el efecto; este era una especie de caja de depósitos y consignaciones destinada á hacer cesar los réditos.

En Roma habia préstamos públicos, y el interés de ellos estaba sujeto á frecuentes variaciones. Cuando los asuntos estaban embrollados, duplicábase algunas veces el interés.—«El 4 de los idus de julio, escribe Ciceron, el numerario ha subido de repente del dinero 12 al dinero 24, es decir, del 12 al 24 por 100.» Por consiguiente Roma tenia deuda pública. Tratóse algunas veces, y particularmente bajo Julio César, de reducir los réditos del interés estipulado, es decir, de proceder á lo que hoy llamamos conversion de las rentas. Ciceron, en la ocasion aquella, le reconviene ágríamente por querer destruir con una bancarrota la fé de la sociedad en los compromisos del Estado. El orador ilustre habia hallado ya en su génio, segun se vé, una idea exacta y recta de lo que constituye la base principal de todo crédito público; pero aquella idea luminosa no fué traducida ni en práctica ni en teoria.

La estension de la usura entre los romanos, la institucion de templos equivalentes á nuestra caja de depósitos y consignaciones, la existencia de préstamos públicos, y por lo tanto, de una deuda pública, así como diferentes operaciones financieras, tanto de funcionarios del Estado como de simples particulares, hacen presumir ya que los principales elementos de la contabilidad eran conocidos entre los antiguos dueños del mundo.

Estas presunciones se convierten en certidumbre recorriendo atentamente las obras de sus historiadores, de sus oradores, y sobre todo de sus jurisconsultos.

Ya en tiempo de Ciceron cada romano rico tenia un registro en el cual inscribia sus deudas y créditos, especie de cuenta corriente donde se taba bajo el nombre de aquellos con quienes tenia negocios, e pasivo (*acceptum*), y el activo (*expensum*) de cada uno.

El *acceptum* era lo que habia recibido, y por consiguiente lo que debia el DEBE.

El *expensum*, lo que habia gastado, es decir desembolsado, lo que se le debia, por consiguiente el HABER.

La contabilidad por *debe* y *haber* era pues perfectamente conocida entre los romanos.

Escribian bajo el nombre, como hemos dicho arriba. Para comprender exactamente toda la estension de la espresion nombre y cuán rigurosa era, es preciso saber que el compromiso que se contraía por los nombres (*nominibus*) no podia ser empleado sino por y entre los ciudadanos romanos. Teniendo los extranjeros derecho de comercio, no podian contratar ni comprometerse del mismo modo.

Llamábanse nombres, ya sea la señal hecha por el sello que entonces representaba la firma, ya sea el recibo, ya la obligacion misma como cuerpo material, y legal abstraccion.

*Nomina facere* (CICERON), hacer nombres, era contraer deudas del modo particular que podia contraerlas un ciudadano romano.

*Habere pecuniam in nominibus* (CICERON), era tener dinero en los nombres, es decir, dinero impuesto.

*Transcribere nomen in alio* (TIRO LIVIO), era hacer, no el transferrimiento ó transporte de su recibo, como lo dicen los diccionarios latinos, sino el traslado de sus recibos, de sus nombres en general, mejor dicho, de sus cuentas.

*In alio*, se entiende libros (en el libro de comercio), es decir, transcribir del borrador que se llamaba *ADVERSARIA*, al registro ó gran libro. Este está designado en la defensa de Ciceron, en favor de Roscio, por la palabra *transcriptitia*.

Así como el Diario entre nosotros, el *transcriptitia* ó gran libro de los romanos hacia fé en justicia. Debía, como nuestro diario, estar sin raspadura, porque era, propiamente hablando, el registro de su traslado, el libro legal. Efectivamente, antes de trasladar los artículos á este último, los romanos los sentaban como nosotros, en el borrador. Ciceron le designa por la palabra *ADVERSARIA*, como quien dijera adversario, la intervencion.... Ciceron en su defensa recoge las hojas volantes, examina las raspaduras, etc.

El traslado al *transcriptitium* se operaba por lo menos todos los meses. Ciceron llama *transcriptitium* en singular al gran libro cuando estaba cerrado; *TRANSCRIPTITIA*, este mismo gran libro cuando estaba abierto; entonces se servía del plural, porque realmente ofrece entonces dos páginas á la vista, dos páginas transcritas. Por una parte el *acceptum*, el debe; por otra el *expensum*, el haber. En fin, como libros llevados en realidad por *debe* y *haber*, se les llamaba *Rationes* (cuentas), porque debían dar las razones y explicar todo lo que se habia hecho entre las partes.

Y tal seria tambien el origen de la denominacion del libro de razon ó gran libro, y de las palabras *razon social*, fulano de tal y compañía.

De la palabra *rationes* (cuentas), habíase sacado, en fin, en Roma la palabra *rationarium* para designar la cuenta general de gastos é ingresos, el gran libro, el PRESUPUESTO de la república. Así se habian deducido matemática y lógicamente para la administracion, la guerra, el senado, el pueblo, los consejos y la hacienda, todas las espresiones usadas en Roma.

En lo concerniente á la contabilidad, cuando querian comprometerse por cierta suma en el *TRANSCRIPTITUM* ó GRAN LIBRO, el ciudadano romano que quería contraer la deuda, escribia en su registro, en el *debe*, es decir, en el *acceptum*, haber recibido el dinero de aquel á quien tenia intencion de constituir en acreedor suyo, mientras que por su parte, este último escribia en el suyo, en el *expensum*, es decir en los desembolsos, en el haber, en el crédito, que habia dado esta misma cantidad á aquel que habia convenido en ser deudor suyo.

En tiempo del jurisconsulto Gayo, 101 años despues de J. C., se empleaban aun estos escritos *nummularii* ó *argentearii* (monetarios), ó en otros términos, los cambistas de Roma, llamados tambien *trapezistas* por la tabla de madera sobre la cual estendian sus monedas y *mensarii*, para hacer alusion al interés mensual que percibian por la cantidad prestada, usaban los libros que acababan de citar. Estaban obligados á llevar su contabilidad por *debe* y *haber*, porque desempeñaban un ministerio público. *Quia ministerium eorum publicum habebat causam*, dice el Digesto. Un deudor podia, como en nuestros dias, constituirse á otro, y entonces lo que se sentaba en el *debe* (*acceptum*) de un individuo, constituía, entre las mismas personas y de consentimiento propio, una nueva obligacion reservada solo á los ciudadanos



romanos, y llamada *nomen transcriptitium* que se formaba así: (*nomi-nibus transcriptitiis*), por una simple variación, sustitución ó traslado. Este es el origen de nuestros *endosos*.

El *transcriptitium* fué adoptado después en grande escala para los *endosos* en las ciudades de la edad media. En Lyon se reunían las comerciantes en los vencimientos correspondientes á las cuatro grandes ferias, para asignarse unos á otros las cantidades que recíprocamente se debían; de suerte que por un simple movimiento de escrituras, una gran parte de las deudas se hallaba pagada. Cuando se verificó la revolución, existía aun el registro de traslados que constataba estas operaciones. Desapareció en el sitio de aquella ciudad.

Génova, Pisa, Florencia, Venecia, todas las ciudades de la grande Hansa del Norte practicaban estos *endosos*, que prestaban grandes servicios en una época en que las monedas eran muy variadas y de mala ley.

De 527 á 565, bajo Justiniano, la obligación llamada *transcripción*, *nomen*, privilegio exclusivo de los ciudadanos romanos, habiendo caído completamente en desuso en Constantinopla, aquel emperador no dejó rastro alguno de ella en la legislación de las *Pandectas*.

Pasó pues totalmente al dominio público, y su práctica, como contabilidad, continuó usándose, con motivo de su sencillez, por los cambistas, obligados no obstante, y siempre por la ley, á establecer sus cuentas por *debe* y *haber* (Ulpiano, *fragmento IV*; Gayo, *fragmento I*; *Cuja XI*). Los *nummularii* ó mayordomos privados de los ciudadanos, los agentes de negocios á quienes se confiaba dinero para hacer pagos, estaban obligados á rendir cuentas por *debe* y *haber*. Los registros llevados así podían ser producidos en justicia, no ya como títulos, puesto que no emanaban del mismo ciudadano romano, sino solo como documentos facultativos presentados al pretor ó juez, en virtud de su poder discrecional.

En cuanto al uso de la cuenta de débitos, de las cuentas sustituidas en la persona del *negociante* que constituyen aun mas íntegramente la teneduría de libros por partida doble, introdujese en la edad media en el Bajo Imperio, hacia el año 565, por los judíos, con el fin de que fuese mas fácil encontrarse en los libros, para la percepción del impuesto establecido entonces sobre el resultado de las ganancias y pérdidas, en una palabra, sobre las rentas públicas. En efecto, el impuesto sobre la industria, el impuesto sobre las manufacturas, impuesto que se exigía cada cuatro años, el oro del dolor (asi se le denominaba en tiempo de Plinio) era percibido con arreglo á los mismos libros.

Nuestro moderno sistema fiscal solo ha copiado al parecer este sistema romano; la ley de 1844 acerca de las patentes admite tambien ante el interventor la producción de libros de comercio para la evaluación del impuesto de las patentes, reservando no obstante respecto del fisco la facultad de fallar facultativamente.

El economista Fortinonais en sus *Investigaciones y consideraciones acerca la Hacienda desde 1595 hasta 1721*, dice que en 1807 un vecino de Brujas, llamado Simon Stewen propuso á Sully la aplicación de la contabilidad por partida doble para la hacienda pública, lo cual prueba que en aquella época estaba ya esparcida en toda Europa: Sully rechazó la oferta, ignorándose la causa que para ello tuvo.

### EL HIJO DE LA TRISTEZA.

Cerca del torrente que murmura, estaba la Tristeza sentada y silenciosa; meditaba, y su mano modelaba una figura de arcilla.

—¿Qué has hecho ahí, Diosa pensativa? la preguntó Júpiter.

—Nada mas que un simulacro, contestó ella; pero tú, señor, en-viale un soplo de vida.

—¡Que viva y me pertenezca! exclamó el padre de los dioses.

—¡Oh, no, interrumpió la Diosa; dejádmelo!

Entonces llegó la Tierra, y dijo:—Ese niño me pertenece, porque ha salido de mi seno.

—Esperad, repuso Júpiter, he aquí quien va á decidir nuestra contienda.

Era Saturno.—Que sea de todos vosotros, dijo el dios prudente y sábio, así lo quiere el destino. Tú, Júpiter, que le has dado la vida, recobrarás su alma después que muera.

Tú, oh Tierra, tendrás su cuerpo; no tienes derecho á mas.

Pero tú, Tristeza, que eres su madre, le poseerás mientras exista; nunca te abandonará, y se prolongarán sus sufrimientos hasta la tumba.

### PENSAMIENTOS Y MAXIMAS.

El hombre mas feliz, es el que, sin penas en la vida, habiendo contemplado esos espectáculos magníficos, el sol, el agua, las nubes,

el fuego, ha regresado presuroso al punto de donde viniera. Estos objetos, viva muchos ó pocos años, los verá siempre lo mismo, nunca mas bellos. Considera á lo que llaman tiempo como una feria estrangera, un sitio de emigración para los hombres: multitud, mercados, ladrones, juegos de azar, hosterías en que uno se detiene. Si partes tú el primero, tu viaje será el mejor, te vas con tu dinero y sin tener enemigos. El que tarda, perece después de haber sufrido, y envejeciendo con desgracias, está privado siempre de algo. Encuentra en algunas partes enemigos que le tienden lazos. No se sale de la vida por una muerte dichosa, cuando se permanece en ella mucho tiempo.

La sociedad, lo mismo que la naturaleza, tendiendo á su grande objeto, sigue constantemente el curso de su interés, y no favorece, por el momento, sino los conocimientos de que tiene necesidad inmediata y urgente.

El espectáculo de la naturaleza es una máquina inmensa para los pensamientos del hombre. Las propiedades de los reyes, los instintos de los animales, el espectáculo del universo todo es un velo que necesita levantarse, todo es un símbolo que es preciso adivinar, todo contiene verdades que traslucir, porque la vista clara no es de este mundo. Ese lujo fastuoso de la creación, ese aparato de los cuerpos sembrados en el espacio como un polvo brillante, todo eso no es demasiado para el hombre, porque este es un ser libre é inteligente, porque es un ser inmortal.

El espíritu forma como un vasto firmamento iluminado por todas partes con estrellas de diferentes magnitudes.

No dependerá de ti el emancipar tu vida de toda pena; pero si el levantar tu corazón de todo abatimiento. Por muy opuesta que te parezca á tus gustos la posición que el destino te ha dado, no te será fácil siempre variarla, pero siempre podrás resignarte á ella con la ayuda de tu razón.

Saber escuchar, es saber instruirse con todo el mundo,

El hombre no sabe bien sino lo que puede comunicar á los demás.

El mérito de esta vida es predecir la otra.

GEROGLIFICO.



Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de G. Alhambra. Jacometrezo, 26.